



BOLETIN ECLESIASTICO
DEL

Obispado de Astorga

SUMARIO: I. Circu'ar del Obispado: Exposición de Trajes Regionales.—II. Encíclica de Su Santidad acerca del Dante.—III. Argumento de la *Divina Comedia*.—IV. Edicto para la provisión de la Preceptoría de Villarino de Sanabria.—V. Necrología.

Obispado de Astorga

CIRCULAR

Trátase de organizar en España una *Exposición del Traje Regional*, lo más completa que sea posible.

Con este fin se ha constituido en Madrid la Junta siguiente: *Presidente*, Conde de Romanones, Director de la Academia de Bellas Artes; *Vicepresidentes*, 1.º Duque de Parcent, 2.º Juan Comba, catedrático de Indumentaria; *Vocales*, la Presidenta de la Junta Auxiliar de Señoras;

D. Javier García de Leizaola, Director general de Bellas Artes; Marqués de la Vega Inclán, Comisario Regio de Turismo; Barón de la V. de Hoz, vicepresidente de la sociedad de Amigos del Arte; Luís Silvela; Miguel Bay; Mariano Benlliure; José Moreno Carbonero; Fernando Alvarez de Sotomayor; Mateo Ynurria; Conde de Casal; Eusebio Güell; Mateo Silvela; José R. Mélida; Luis Errazu; Pedro Artíñano; Platón Páramo: *Secretario*, Miguel de Asúa; *Vice-secretario*, Federico de Carcer.

La Junta aspira a reunir ejemplares de los pintorescos trajes regionales, tan extraños por la hechura como distintos por la forma y la materia que integran los elementos con que están fabricados, y en los que el adorno interviene con sus originalidades características, realzando esos tejidos admirables, bien de tonalidades apagadas, ya de coloraciones brillantes.

Y Nos, accediendo con gusto a la atenta súplica que la Junta por medio de su Presidente el excelentísimo señor Conde de Romanones, Nos ha hecho, y deseando de Nuestra parte prestarle el auxilio que tan alto ideal de cultura reclama, rogamos a todos los reverendos sacerdotes que ejercen en esta Nuestra Diócesis la cura de almas:

- 1.º Que inviten a sus feligreses a que no pongan dificultad en dejar a la disposición de

los señores de la expresada Junta, y con las garantías que fueren precisas, las prendas de vestir y los objetos de arte que se usaron antiguamente, y que tal vez se sigan usando, en los pueblos en que ejercen el sagrado ministerio, siempre que a juicio de los individuos de dicha Junta merezcan figurar en la Exposición que se proyecta; y

2.º Que inviten a los feligreses que no sean poseedores de tales prendas de vestir o de tales objetos de arte a que tengan a bien indicar a dichos señores, si lo preguntan, los nombres de las personas que los poseen, o señalarles a lo menos el lugar donde podrían encontrarlos o donde podrían ser adquiridos.

Astorga 24 de septiembre de 1921.

† EL OBISPO.

EPISTOLA ENCICLICA

A sus amados hijos los profesores y alumnos de bellas artes y letras del mundo católico con ocasión del sexto centenario de la muerte de Dante Alighieri

BENEDICTO PP. XV.

Amados hijos, Salud y Bendición Apostólica

En la gloriosa pléyade de genios que honran al catolicismo con el esplendor de su nombre, y que en los dominios del espíritu, y especialmente en el de las

bellas artes y letras, han magníficamente servido con las inmortales producciones de su talento a la sociedad civil y a la Iglesia, ocupa un lugar preeminente Dante Alighieri, de cuya muerte pronto acaecerá el sexto centenario. Quizá nunca como ahora ha sido tan reconocida la superioridad de su genio; puesto que no es solamente Italia, justamente enorgullecida de su hijo la que llena de entusiasmo se prepara a festejar su memoria; N6s sabemos que en todas las naciones civilizadas se han constituido comités de sabios, al objeto de que todo el mundo se ebre unánime esta gloria de la humanidad.

N6s debemos unir la nuestra a este magnífico coro de voces autorizadas; más aún, debemos en cierta manera dirigirlo; pues, ante todo y bien alto la Iglesia nuestra Madre reconoce en el Alighieri a su hijo. Ya en los comienzos de Nuestro Pontificado, N6s en una carta al Arzobispo de Ravena mandamos embellecer, con ocasión del centenario del Dante, el templo que cobija a su tumba; ahora, con el fin de inaugurar las fiestas del centenario, hemos creído oportuno, amados hijos, escribir a cuantos bajo la dirección de la Iglesia os aplicais al estudio de las letras, para mostraros más claramente cuán estrechos son los lazos que unen al Dante con esta Cátedra de San Pedro, y cuán justo es tributar al catolicismo gran parte de los homenajes rendidos a tan excelso nombre.

Y lo primero, puesto que este nuestro Dante profesó durante toda su vida y de una manera ejemplar la religión católica, parece muy conforme a sus deseos el colocar bajo los auspicios de la religión, cual sabemos se prepara, las solemnidades de su centenario, y que, si estas deben tener su término en *San Francisco de Ravena*, es muy lógico tengan su comienzo en *San Juan*

de Florencia, la magnífica iglesia que en el ocaso de su vida recordaba desde el destierro con tan sentida añoranza, deseando ardientemente ceñir los laureles de poeta en el mismo baptisterio que le viera nacer a la fe.

Nacido en una época de esplendor de la filosofía y de la teología, cultivadas eficazmente por los doctores de la escolástica, que recogían las más bellas obras del pasado y las trasmitían a la posteridad con el sello personal de la sutilidad de su genio, Dante, entre la gran variedad de opiniones, tomó por principal guía a santo Tomás de Aquino, el príncipe de la Escuela. A este maestro, al Angélico, debe casi todo lo que la filosofía y la especulación teológica le enseñaron; sin que descuidase, por esto, ningún linaje de conocimientos o de ciencia, ni disminuyese jamás las largas horas consagradas a la meditación de los libros sagrados y a los escritos de los Santos Padres. Así se comprende que, enriquecido de una tan universal cultura y versado principalmente en las ciencias sagradas, encontrase dentro de los límites de la religión un horizonte inmenso abierto a su talento de poeta y asuntos de sublime elevación muy a propósito para llenar la armonía de sus versos.

Hay que admirar, ciertamente, la prodigiosa amplitud y la penetración de su genio; pero es también evidente que mucha de su pujanza dióselo la fe divina; lo cual hace que Dante deba la belleza de su obra capital tanto a los múltiples resplandores de la verdad revelada, como a los resortes del arte.

De hecho, la Divina Comedia — e' nombre de divina es muy justo — no tiene otro fin, aun en sus elementos de ficción y de imaginación y en sus no escasas reminiscencias profanas, que exaltar la justicia y la providen-

cia de Dios, que rige el mundo en el tiempo y en la eternidad y que distribuye a los individuos y a los pueblos recompensas o castigos según sus méritos. Este poema canta magníficamente y en perfecta conformidad con los dogmas de la fé católica. la augusta Trinidad del Dios uno y la Redención del género humano por el Verbo de Dios encarnado y la inmensa y generosa bondad de la Virgen María, Madre de Dios y reina del cielo y la celeste beatitud de los elegidos, ángeles y hombres, y, en maravilloso contraste, los suplicios de los malvados en los abismos; en fin, entre el paraíso y el infierno la morada de las a'las, que, una vez terminado el tiempo de expiación, ven abrirse ante ellas el cielo. Y en todo el poema siempre el sentido más riguroso preside la exposición de estos y de los demás dogmas católicos.

El progreso de la cosmografía ha podido revelar más tarde que el sistema cósmico y astral de la ciencia antigua no era más que un mito, que la naturaleza, el número y el curso de las estrellas y de los otros astros son diferentes de lo que ella pensaba; pero, no es menos cierto que el universo, cualesquiera que sean las leyes que rigen sus elementos, está sometido a la misma voluntad que lo ha creado, la de Dios todopoderoso, que mueve todas las cosas y las embellece todas con reflejos más o menos brillantes de su gloria. Si la tierra que nosotros habitamos no juega, según se creía, el papel de centro del sistema general del mundo, ella ha sido no obstante el sitio de la vida feliz de nuestros primeros padres, y testigo no solo de la miserable caída que sufrieron sino también de la redención de los hombres por la sangre de Jesucristo.

Por tanto, la descripción que él ha hecho del triple estado de las almas, según se lo representaba su ima-

ginación, muestra cómo para pintar, antes del juicio del último día, la condenación de los réprobos y la expiación de las almas del purgatorio y la felicidad de los escogidos, ha sacado de las intimidades de la fe las más vivas claridades.

He aquí las lecciones más fecundas que nuestros contemporáneos pueden, según Nuestro sentir, aprender en todas las obras, y especialmente en la Divina Comedia de Dante. En primer lugar, la Sagrada Escritura reclama la más profunda veneración por parte de los fieles, que deben aceptar con soberana reverencia cuanto ella contiene. Dante lo cree así, porque «si bien hay muchos secretarios de la divina palabra, ellos no escriben sino bajo la inspiración de Dios, que se ha dignado servirse de la pluma de muchos escritores para comunicarnos su mensaje de bondad» (1). Fórmula exacta y feliz, así como la siguiente: «El Testamento antiguo y moderno, promulgado para toda la eternidad—como dice el Profeta—contiene «enseñanzas espirituales que están por encima del entendimiento humano» comunicadas «por el Espíritu Santo, que por medio de los profetas y de los escritores sagrados, por Jesucristo, hijo de Dios y coeterno con El, así como por medio de sus discípulos ha revelado la verdad sobrenatural necesaria a nuestras almas» (2). Con cabal conocimiento, pues, decía él que para la eternidad que seguirá a nuestra vida mortal «fundamos nuestra certidumbre en la doctrina infalible de Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Luz; Camino, porque él es el que a través de todos los obstáculos nos conduce a la felicidad eterna; Verdad, pues está libre de todo error; Luz,

(1) De Monarchia, III, 4. (2) De Monarchia, III, 16,

puesto que es ella la que disipa las terrenas tinieblas de la ignorancia» (1).

Dante honra con el mismo respeto «los venerables Concilios generales, a los cuales ningún fiel duda que Cristo asistiera». Y tiene en grande aprecio «las obras de los doctores, Agustín y otros»; y añade: «el que duda que ellos fueron asistidos por el Espíritu Santo, o nada ha visto de sus frutos, o, si los ha visto, no los ha gustado en lo más mínimo» (2).

Es empero admirable la alta estima que siente Alighieri hacia la autoridad de la Iglesia Católica y hacia la potestad del Romano Pontífice, potestad que a sus ojos da fuerza a cada una de las leyes e instituciones de la misma Iglesia. De aquí la enérgica exhortación que dirige a los cristianos, que, teniendo los dos Testamentos y al Pastor de la Iglesia que los dirija, ya tienen los medios suficientes de salvación. Por esto, afligido por los quebrantos de la Iglesia como si fueran suyos propios, llorando y execrando toda infidelidad de los cristianos hacia el Soberano Pontífice se dirige con estas palabras a los cardenales italianos, cuando la Sede Apostólica abandonó a Roma: «Qué vergüenza para nosotros, que creemos en el mismo Padre e Hijo, en el mismo Dios y Hombre y en la misma Madre y Virgen; para nosotros en cuyo provecho Pedro oyó serle dicho, después de haber tenido que aseverar tres veces su amor: Pedro, sé el pastor del sagrado rebaño. Qué vergüenza para Roma, en la que, después de haberse festejado tantos triunfadores, Cristo confirmó con palabras y con obras el Imperio del mundo; Roma, que Pedro y el apóstol de las naciones Pablo han consagrado Sede Apostólica, regándola con su propia san-

(1) Convite, II, 9. (2) De Monarchia, III, 3.

gre; Roma, de la cual, como Jeremías, lamentándonos por los contemporáneos y no por la posteridad hemos de llorar viuda y abandonada. Qué vergüenza, presenciar el lamentable espectáculo de la herejía».

El gran poeta llama a la Iglesia Romana «la Madre más tierna» o «la Esposa del Crucificado»; a Pedro le proclama el juez infalible de la verdad divinamente revelada, al cual todos deben dócilmente someterse en todo cuanto debe creerse o practicarse para la salud eterna. Por esto, aunque cree que la dignidad del Emperador viene directamente de Dios, «esta verdad—dice—no debe tomarse en un sentido tan absoluto que el Príncipe Romano no deba someterse en algunas cosas al Romano Pontífice, estando la prosperidad mortal de la tierra ordenada en cierto modo a la felicidad eterna» (1). Principio excelente y lleno de sabiduría, el cual, aun hoy, de ser fielmente observado producirá en los Estados óptimos frutos de prosperidad.

Cierto que Dante ha lanzado inventivas enormemente severas e injuriosas contra los Papas de su tiempo; contra aquellos de cuyas miras políticas disentía, y a los cuales creía en inteligencia con el partido que le había desterrado de su hogar y de su patria. Pero hay que perdonar a un hombre azotado por tantos infortunios, si deja escapar de su corazón herido algún juicio exagerado; sobre todo, porque no es dudoso—como sucede muchas veces—que ciertos hombres, dispuestos a interpretar torcidamente las obras del adversario, alimentaron su ira y su rencor. Y además, puesto que—tal es la debilidad humana—«aun a las mismas almas santas se prende necesariamente algo del polvo de este mundo» (2), ¿quién negará que en esta época

(1) Epist. VIII. (2) San León el Grande, Sermo 4 de Quadrag.

algunos miembros del clero tenían una conducta poco edificante, bien a propósito para sumir en el dolor y el abatimiento a este corazón tan entregado a la Iglesia, cuando sabemos que e'la excitó las quejas amargas de hombres eminentes por la santidad de su vida? Pero, cualesquiera que sean los abusos que, con razón o sin ella, ha denunciado y execrado en los clérigos, jamás se permitió vulnerar el honor debido a la Iglesia, ni menoscabar la fidelidad a las «Llaves Soberanas»; si decidió defender en la política sus ideas personales, fué «sin separarse del respeto que un buen hijo debe a su padre, un buen hijo a su madre, un buen hijo a Cristo, un buen hijo a la Iglesia, un buen hijo al Pastor, un buen hijo a todos aquellos que profesan la religión cristiana para la defensa de la verdad».

Puesto que Dante ha levantado, por así decirlo, todo el edificio de su poema sobre el fundamento de la religión, no es maravilla que se encuentre en él un tesoro de doctrina católica, la quinta esencia de la filosofía y de la teología cristianas, al par que la síntesis de las leyes divinas sobre el gobierno y la administración de los Estados; ni aun para justificar el engrandecimiento de su país, ni para adular a los príncipes era hombre capaz de declarar que el Estado podía menospreciar la justicia y los derechos de Dios, pues él sabía perfectamente que el mantenimiento de estos derechos es el primero y más sólido fundamento de la ciudad.

Por esto, si la obra poética del Dante nos ofrece por su perfección exquisitos deleites, no es ella menos rica en fecundas enseñanzas para la iniciación artística y para la formación en la virtud, con tal que el que aborda su lectura se despoje de todo prejuicio y se inspire solamente en el amor a la verdad. Si se cuenta buen número de excelentes poetas católicos que obtienen todos

los sufragios, como se dice, juntando lo útil a lo agradable, ¿qué decir del Dante? Si cautiva por la extraordinaria variedad de imágenes, por la viveza de los colores, por la fuerza del pensamiento y del estilo, usa de este encanto para atraer al lector al amor de la verdad cristiana; y nadie ignora que el Dante ha confesado abiertamente que al componer su poema se proponía dar a las almas un aliento de vida. Sabemos de algunos, de reciente memoria, que alejados de Cristo, aunque no enemigos de El, cuando han puesto su entusiasmo en el estudio de la obra del Dante, por un efecto especial de la divina gracia, contemplando al principio con admiración la verdad de la fe católica han ingresado al fin pronto y alegremente en el seno de la Iglesia.

Bastante hemos dicho ya para mostrar que todos los católicos tienen el deber, con ocasión de este centenario, de estrechar los lazos que les unen a la fe, protectora de las artes; pues, si alguna vez ha brillado esa virtud con maravilloso esplendor, nunca como en el *Alighieri*. En él no es solamente la pujanza de su genio la que cautiva nuestra admiración, es la grandeza infinita del tema que la religión ha prestado a su canto; el espíritu tan penetrante de que le había dotado la naturaleza se afina con el estudio profundo de las obras maestras de la antigüedad, pero más todavía, como Nós decíamos, en el contacto con los Doctores y Padres de la Iglesia; es esto lo que abrió el vuelo de su pensamiento a un campo más vasto y más elevado que si se hubiese encerrado en los estrechos límites de la naturaleza. He aquí porqué el Dante, separado de nosotros por tantos siglos, parece un contemporáneo nuestro, o a lo menos, mucho más próximo a nosotros que tantos cantores actuales de aquella antigüedad que Cristo ha eclipsado con su triunfo sobre la cruz.

En Alighieri y en nosotros hay las mismas aspiraciones de piedad, los mismos sentimientos religiosos, los mismos velos revistiendo «la verdad que nos ha sido bajada del cielo para elevarnos a tan sublimes alturas». La más bella alabanza que puede tributársele es la de haber sido un poeta cristiano, es decir, de haber sabido cantar con divinos acentos las instituciones cristianas, que con toda su alma contemplaba en su belleza y esplendor, y sentía maravillosamente, y eran su vida. Aquellos que se atreven a rehusarle este elogio y sólo ven en la trama religiosa de la Divina Comedia una novela de imaginación, sin fondo de verdad, arrebatan a nuestro poeta su más bello laurel, el fundamento de sus otros títulos de gloria.

Por tanto, si el Dante debe a la fe católica una tan grande parte de su gloria y de su grandeza, su solo ejemplo basta, sin hablar de los otros, para demostrar que, el homenaje del espíritu y del corazón a Dios, en lugar de acortar las alas despliega e inflama el genio. De donde muy mal laboran para el progreso de los estudios y de la cultura aquellos que niegan a la religión toda intervención en la formación de la juventud. Es, en efecto, un hecho deplorable; los métodos oficiales de educación de la juventud están de ordinario concebidos, como si el hombre no debiera tener en cuenta para nada, ni a Dios ni a ninguna de las supremas realidades del mundo sobrenatural. Allí mismo donde el «poema sagrado» es admitido en las escuelas públicas, en los mismos establecimientos donde lo cuentan entre las obras que son el objeto de estudios más profundos, los jóvenes, que un método defectuoso vuelve más o menos indiferentes a las cosas de la fe, no reciben casi nunca el alimento vital para cuya dispensación fué compuesto. Ojalá que las fiestas de este cente-

hario hagan que en todas partes donde se cultiva la educación literaria de la juventud se tribute a Dante el honor que merece, y se le presente a los estudiantes como un maestro de doctrina cristiana, el que, al componer su poema, se propuso únicamente «separar a los que viven en esta vida del estado de miseria», esto es, del pecado, «para conducirlos al estado de la felicidad», esto es, de la divina gracia (1).

Y en cuanto a vosotros, amados hijos, que tenéis la suerte de cultivar, bajo la dirección de la Iglesia, el estudio de las bellas artes y letras seguid, como ya lo hacéis, rodeando de un culto fervoroso a este poeta, que Nós no dudamos en proclamar el más elocuente de los panegiristas y de los heraldos de la doctrina cristiana. Cuanto más le amáreis, más profundamente la luz de la verdad transfigurará vuestras almas y vosotros permaneceréis servidores más fieles y esforzados de vuestra fé.

Como prenda de los divinos favores, y en testimonio de Nuestra paternal benevolencia, Nós os concedemos a todos vosotros, amados hijos, y de todo corazón, la bendición apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 30 de abril de 1921, en el séptimo año de Nuestro Pontificado.

BENEDICTO PAPA XV.

Argumento de la Divina Comedia

Dante finge un viaje por el otro mundo, a través del infierno, del purgatorio y del cielo. Perdido, según él,

(1) Epist. X, § 13.

En la selva obscura de la ignorancia y del error es conducido fuera por Virgilio, el poeta latino más estimado de su juventud, suma de toda la ciencia antigua y maestro de aquel bello estilo con que Dante elevó la lengua italiana al más alto grado de dignidad y de riqueza. Virgilio representa en el poema la razón y la sabiduría humana; por eso es él el que le guía al través del pecado—de *infierno*— hasta la liberación del pecado—el *purgatorio*—; pero al final de esta parte se retira y lo deja encomendado a Beatriz.

La amada ideal encarna la gracia divina y la fé, que superando al amor y a la razón, inicia al pecador convertido en aquellos supremos misterios cuyo conocimiento, junto con el amor de Dios, constituye la ventura absoluta y la felicidad colmada del *paraíso*. A lo largo del viaje el poeta va conversando con las almas que encuentra al paso.

El infierno consiste en una inmensa sima, en forma de embudo; los condenados están distribuidos en nueve círculos, comenzando de arriba a abajo, según el grado de malicia de sus pecados. La punta del embudo, clavada en el mismo centro de la tierra, es la residencia de Lucifer y de Judas, príncipes de los traidores y de los rebeldes. Los suplicios de las almas son alegóricos, según el género de sus culpas. Al descubrir estos espectáculos el verso del Dante retumba con poderosa energía y adquiere tan crudas coloraciones que dan al lector toda la sensación de lo terrible y doloroso, y hacen que a través de los siglos se llame dantesco todo espectáculo de grandiosidad horrible que sobrepuja lo natural.

El purgatorio está constituido por una montaña dóica que se eleva sobre una isla en medio del Océano austral. Los tonos de la descripción son aquí más dulces y

van matizados por una suave melancolía; porque en el purgatorio las almas ya no pecan más, y entre los tormentos las sostiene una esperanza segura de bienaventuranza. En la cima de la montaña está el paraíso terrenal, donde se le aparece Beatriz en medio de una procesión que representa el triunfo de la fe.

Si antes se vió sumergido en las aguas del Leteo, que hacen olvidar el mal, ahora se siente bañado en el Eunoe, que hace recordar el bien.

*
* *

A través de las nueve esferas planetarias, que giran en torno de la tierra y que muestran los diferentes grados de jerarquía de los bienaventurados, el poeta asciende hasta el Empíreo, donde las almas se agrupan como en una inmensa roca, abierta bajo la mirada de Dios.

Penetrando en un océano de luz, el poeta advierte entonces la presencia de la Santísima Trinidad: ¡Y se cierra con un raptó de éxtasis el canto más etéreo que se ha compuesto jamás en lengua humana!

Parece como si la Providencia hubiese velado por el feliz acabamiento de la obra del Dante. Apenas la había terminado murió el poeta en Rávena, el 14 de Septiembre de 1321, ¡murmurando el nombre de Beatriz!

EDICTO.

para la provisión de la Preceptoria del Colegio de Villarino de Sanabria.

Don José de Prada y Lagarejos, Abogado y Notario

con residencia en Salamanca, calle de la Rúa núm. 48, Patrono único del Colegio de Villarino de Sanabria.

HAGO SABER: Que hallándose vacante la Preceptoría de dicho Colegio de Villarino de Sanabria por traslado del que la desempeñaba, he determinado, en uso de las facultades que la fundación me concede, proveerla.

Al efecto, cumpliendo con lo que dispone la fundación se anuncia la vacante en el **BOLETÍN ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE ASTORGA**, para que en el término de veinte días a contar desde la publicación del anuncio, puedan solicitarla los que estando adornados de las condiciones requeridas, aspiren a ocuparla.

Las solicitudes se dirigirán a dicho Patrono.

Salamanca a 24 de Septiembre de 1921.

Dr. José de Prada.



NECROLOGÍA.

El día 25 de Septiembre falleció en esta ciudad don Rosendo Rodríguez Alvarez, cura ecónomo, de Benuza en el arciprestazgo de Cabrera Baja.

Su Excia. Ilma. ha concedido 50 días de indulgencia en la forma acostumbrada. R. I. P.